

omitirla. En fin, si con la prisa que ha comenzado el negocio, continúa, puede usted tener esperanza de salir pronto.

En estas y otras conversaciones entretuvimos el resto de aquel día, en el que mi caritativo amigo me dió de comer, y en los quince ó veinte más que duró en mi compañía, no sólo me socorrió en cuanto pudo, sino que me doctrinó con sus consejos. ¡Ah, si yo los hubiera tomado!

Cuando me veía adunarme con algunos presos, cuya amistad no le parecía bien, me decía:—Mire usted, don Pedrito, dice el refrán que *cada oveja con su pareja*. Podía usted no familiarizarse tanto con esa clase de gente como N. y Z., pues, no porque son pobres ni morenos; estos son accidentes por los que solamente no debe despreciarse al hombre, ni desecharse su compañía, en especial si aquel color y aquellos trapos rotos cubren, como suele suceder, un fondo de virtud, sino porque esto no es lo más frecuente; antes la ordinariez del nacimiento y el despilfarro de la persona suelen ser los más seguros testimonios de su ninguna educación ni conducta; y ya ve usted que la amistad de unas gentes de esta clase no puede traerle ni honra ni provecho; y ya se acuerda de que, según me ha contado, los extravíos que ha padecido y los riesgos en que se ha visto no los debé á otros que á sus malos

amigos, aun en la clase de bien nacidos, como el señor Januario.

A este tenor eran todos los consejos que me daba aquel buen hombre, y así con sus beneficios como con la suavidad de su carácter se hizo dueño de mi voluntad, en términos que yo lo amaba y lo respetaba como á mi padre.

Esto me acuerda que yo debí á Dios un corazón noble, piadoso y dócil á la razón. La virtud me prendaba, vista en otros; los delitos atroces me horrorizaban, y no me determinaba á cometerlos, y la sensibilidad se excitaba en mis entrañas á la presencia de cualquiera escena lastimosa.

Pero ¿qué tenemos con estas buenas cualidades si no se cultivan? ¿Qué, con que la tierra sea fértil, si la semilla que en ella se siembra es de cizaña? Eso era cabalmente lo que me sucedía. Mi docilidad me servía para seguir el ímpetu de mis pasiones y el ejemplo de mis malos amigos; pero cuando lo veía bueno, pocas veces dejaba de enamorarme la virtud, y si no me determinaba á seguirla constantemente, á lo menos me sentía inclinado á ello y me refrenaba mientras tenía el estímulo á la vista.

Así me sucedió mientras tuve la compañía de don Antonio, pues lejos de envilecerme ó contaminarme más con el perverso ejemplo de aquellos presos ordinarios,

que conocemos con el nombre de *gentalla*, según me aconteció en el truquito, lejos de esto, digo, iba yo adquiriendo no sé qué modo de pensar con honor, y no me atrevía á asociarme con aquella broza por vergüenza de mi amigo, y por la fuerza que me hacían sus suaves y eficaces persuasiones. ¡Qué cierto es que el ejemplo de un amigo honrado contiene, á veces, más que el precepto de un superior, y más si éste sólo da preceptos y no ejemplos!

Pero como yo apenas comenzaba á ser aprendiz de hombre de bien con los de mi buen compañero, luego que me faltaron rodó por tierra toda mi conducta y señorío, á la manera que un cojo irá á dar al suelo luego que le falte la muleta.

Fué el caso que una mañana que estaba yo solo en mi calabozo leyendo en uno de los libros de don Antonio, bajó éste de arriba, y dándome un abrazo, me dijo muy alborozado:

— Querido don Pedro, ya quiso Dios, por fin, que triunfara la inocencia de la calumnia, y que yo logre el fruto de aquélla en el goce completo de mi libertad. Acaba el alcaide de darme el correspondiente boleto. Yo trato de no perder momentos en esta prisión para que mi buena esposa tenga cuanto antes la complacencia de verme libre y á su lado, y por este motivo resuelvo marcharme ahora mismo. Dejo á usted mi

cama y esa caja con lo que tiene dentro para que se sirva de ella entretanto la mando sacar de aquí, pero le encargo me la cuide mucho.

Yo prometí hacer cuanto él me mandara, dándole los plácemes por su libertad y las debidas gracias por los beneficios que me había hecho, suplicándole que mientras estuviera en México se acordara de su pobre amigo Perico, y no dejara de visitarlo de cuando en cuando. Él me lo ofreció así, poniéndome dos pesos en la mano, y estrechándome otra vez en sus brazos, me dijo: — Sí, mi amigo... mi amigo... ¡pobre muchacho! bien nacido y mal logrado... Adiós... — No pudo contener este hombre sensible y generoso su ternura: las lágrimas interrumpieron sus palabras, y sin dar lugar á que yo hablara otra, marchó dejándome sumergido en un mar de aflicción y sentimiento, no tanto por la falta que me hacía don Antonio, cuanto por lo que extrañaba su compañía; pues en efecto, ya lo dije y no me cansaré de repetirlo, era muy amable y generoso.

Aquel día no comí, y á la noche cené muy parcamente; mas como el tiempo es el paño que mejor enjuga las lágrimas que se vierten por los muertos y los ausentes, al segundo día ya me fuí serenando poco á poco. Bien es verdad que lo que calmó fué el exceso de mi dolor, mas no mi amor ni mi agradecimiento.

Apenas los pillos mis compañeros me vieron sin el

respeto de don Antonio y advirtieron que quedé de depositario de sus bienecillos, cuando procuraron granjearse mi amistad, y para esto se me acercaban con frecuencia, me daban cigarros cada rato, me convidaban á aguardiente, me preguntaban por el estado de mi causa, me consolaban y hacían cuanto les sugería su habilidad por apoderarse de mi confianza.

No les costó mucho trabajo, porque yo, como buen bobo, decía:—No, pues estos pobres no son tan malos como me parecieron al principio. El color bajo y los vestidos destrozados no siempre califican á los hombres de perversos, antes á veces pueden esconder algunas almas tan honradas y sensibles como la de don Antonio; y ¿qué sé yo si entre estos infelices me encontraré con alguno que supla la falta de mi amigo?

Engañado con estós hipócritas sentimientos, resolví hacerme camarada de aquella gentuza, olvidándome de los consejos de mi ausente amigo, y lo que es más, del testimonio de mi conciencia que me decía que, cuando no en lo general, á lo menos en lo común, raro hombre sin principios ni educación deja de ser vicioso y relajado.

A los tres días de la partida de don Antonio, ya era yo consocio de aquellos tunos, llevando con ellos una familiaridad tan estrecha, como si de años atrás nos hubiéramos conocido; porque no sólo comíamos, bebía-

mos y jugábamos juntos, sino que nos tuteábamos y retozábamos de manos como unos niños.

Pero con quien más me intimé fué con un mulatillo gordo, aplastado, chato, cabezón, encuerado y demasadamente vivo y atrevido, que le llamaban la *Aguilita*, y yo jamás le supe otro nombre, que verdaderamente le convenía así por la rapidez de su genio como por lo afilado de su garra. Era un ladrón astuto y ligerísimo; pero de aquellos ladrones rateros, incapaces de hacer un robo de provecho, pero capaces de sufrir veinticinco azotes en la picota por un vidrio de á dos reales ó un pañito de á real y medio. Era, en fin, uno de estos macutenos ó cortabolsas, pero delicado en la facultad. No se escapaba de sus uñas el pañuelo más escondido, ni el trapo más bien asegurado en el tendedero. ¡Qué tal sería, pues los otros presos, que eran también profesores de su arte, le rendían el *pórrigo*,¹ le confesaban la primacía y se guardaban de él como si fueran los más lerdos en el oficio!

Él mismo, haciendo alarde de sus delitos, me los contó con la mayor franqueza, y yo le referí mis aventuras punto por punto en buena correspondencia, sin ocultarle que así como á él por mal nombre le lla-

¹ Plinio y otros autores usan la frase *Herbam porrigere* en boca del que confiesa haber sido vencido. Por esto antiguamente en las escuelas y cátedras de gramática se usó que los que habían dicho algún disparate, se hincasen ante el que se los corrigió, diciéndole *pórrigo tibi*, y á esto alude la frase poco usada hoy de *rendir el pórrigo*, que para su inteligencia pareció necesario explicar en esta nota. E.